

HISTORIA UNIVERSAL

EL PROBLEMA DE LA OBJETIVIDAD EN LA HISTORIOGRAFIA

JULIUS KAKARIEKA

“La objetividad de una ciencia se rige primariamente por la posibilidad de ofrecer sin encubrimiento al comprender el correspondiente ente temático en la originalidad de su ser. En ninguna ciencia son la “validez universal” de los patrones de medida y las aspiraciones a la “universalidad” exigidas por “uno” y su comprensividad, en menor grado, criterios posibles de la “verdad” que en la historiografía propia.

HEIDEGGER, “*El ser y el tiempo*”.

¿Es posible ser verdaderamente objetivo y justo frente al pasado? ¿Puede el historiador revivir en su mente los sucesos y los hombres tal como realmente fueron? Este es un problema crucial de la ciencia histórica.

En nuestro caso, no surgen dudas acerca de la inteligencia o la preparación científica del historiador. Lo imaginamos agudo y penetrante y entrenado en todas las sutilezas de la erudición y de la crítica histórica.

Tenemos también plena confianza en su honradez y su nobleza de espíritu. Sabemos que el propósito que le anima es la búsqueda de la verdad, en el mismo sentido como lo han expresado los más grandes historiadores de la humanidad, desde los días de Heródoto y Tucídides. Lo que ha dicho Ranke al respecto, creemos, es su convicción más íntima: “La ciencia y la exposición históricas —decía el historiador alemán— son una misión que sólo puede compararse con la del sacerdote, por muy terrenales que sean los temas sobre qué versa”. (De una carta a su hijo Otto).

Lo que hay que señalar primero es que la Historia no pretende y no puede pretender a la misma clase de objetividad que nos ofrecen las ciencias de la naturaleza. El conocimiento histórico de la realidad es siempre un conocimiento indirecto. El historiador no puede observar un proceso que le interesa, en

la misma forma como lo hace un físico o un químico en su laboratorio.

El historiador puede ver un proceso sólo a través de las huellas que éste ha dejado para la posteridad: crónicas, cartas personales, cuerpos de leyes, ruinas de los templos o de los palacios, etc. Aún cuando se trata de las épocas más abundantes en testimonios históricos, nunca será posible conocer todo lo que fué: todos los anhelos y todas las angustias de los seres humanos que actuaban. Una gran parte del pasado se hunde irremediablemente en el olvido.

En la mayoría de los casos, la investigación histórica dispone de un material muy modesto, especialmente cuando se dirige hacia las épocas más remotas. A veces tiene que contentarse con los restos de algún monumento, alguna inscripción conmemorativa y unas cuantas monedas de oro o de plata. Y se considera como verdadera maravilla si se descubre de repente algún papiro con un poema o alguna ánfora con dibujos.

Ultimamente han trabajado mucho la arqueología y la etnología. Con su ayuda se pudo esclarecer algunos puntos oscuros de la historia. Pero esto no cambia radicalmente la situación de la ciencia histórica.

Como último y decisivo recurso de esta ciencia, queda la imaginación creadora del

historiador. Sólo mediante ella se puede llenar las lagunas que nos dejan las fuentes y los restos, y formar una imagen coherente del pasado. Sólo mediante ella, como dice Cassirer, se puede "articular en verdadera unidad lo aislado y lo disperso".

Por supuesto, "la fantasía del historiador no aspira a salirse de lo real". Si lo hiciera, no tardaría en convertir una obra histórica en algo novelesco, en un cuento que no tendría interés para la ciencia. En la verdadera Historia, la fantasía debe combinarse con un sentido agudo por la realidad empírica de las cosas (Cassirer).

Sin embargo, la fantasía en sí es un elemento netamente subjetivo. En cada uno de nosotros, ella tiene otro alcance y empuja hacia otros horizontes. Imaginémosnos a dos hombres investigando el mismo asunto histórico y teniendo a su disposición las mismas fuentes. Podemos estar seguros que saldrán dos imágenes distintas del pasado. Si existe un material histórico suficiente, tal vez no habrá discrepancias en cuanto a los hechos; pero en la interpretación de ellos, siempre surgirán diferencias. Un trozo del pasado nunca se presenta ante nosotros tal como fué una vez, cuando tuvo vida en el tráfigo de la historia, sino tal como lo re-crea en su mente el historiador.

Re-crear el pasado significa infinitamente más que registrar los hechos que nos proporciona la tradición, oral o escrita. Los hechos por sí mismos no dicen nada. Es un revoltijo que no tiene ningún sentido. El historiador tiene que establecer nexos entre ellos; tiene que emitir juicios de valor. Sólo entonces se proyectan sobre la superficie, adquieren sus contornos y su significado.

En este sentido, la empresa del historiador constituye un gran riesgo, porque uno tiene que entregársele con toda su alma y aceptar todas las consecuencias del fracaso. Si un investigador trata de evitar este riesgo, si huye de los peligros, abandona entonces a la Musa de la Historia. Podrá ser buen cronista o filólogo, que sabe repetir, transcribir y traducir,

pero no llegará a ser historiador (Collingwood).

Es algo inevitable en la ciencia histórica, que el sujeto se entrelace con el objeto; que el historiador participe en el acontecer que estudia, poniendo en él sus sentimientos. Es algo que se impone por sí mismo y a pesar del firme propósito que tiene el historiador de no juzgar el pasado, sino solamente comprenderlo.

El gran Ranke ha soñado con una objetividad ideal, en que el historiador extinguiera su propio "yo", convirtiéndose "simplemente en órgano del objeto". Sin embargo, él mismo se daba perfecta cuenta de que esto es imposible, debido a "las limitaciones naturales o fortuitas de la existencia humana". (De una carta al rey Maximiliano II, de Baviera).

Es un principio universalmente reconocido hoy día, de que el historiador tiene y debe tener un punto de vista personal, y que no existe ningún otro. Esto se manifiesta no tan sólo en la selección del material y en su valoración e interpretación, sino también en la elección del tema mismo. Nunca se saca del olvido todo el pasado, sino sólo determinados puntos, determinados aspectos. Generalmente, se mira hacia el pasado en función de algo, en función de algún interés o de alguna inquietud que surgen en el presente. Ya Nietzsche denunciaba, en sus "Consideraciones extemporáneas", esta injusticia que se comete respecto del pasado. El verdadero horizonte de la Historia, decía el filósofo, nunca es el pasado, sino siempre el futuro.

Tal vez sería injusto hablar de una idea preconcebida que guíe al historiador en la trayectoria de su trabajo. Pero hay algo parecido. Heidegger habla de una "pre-estructura de la comprensión" (Vorstruktur des Verstehens), término maravillosamente exacto. Es difícil imaginarse a un historiador que no tuviese alguna intención, al dirigirse hacia su objeto; que no buscara, en él, respuesta a alguna pregunta inquietante o que no quisiese probar alguna verdad, directa o indirectamente ligada a las bases espirituales de su existencia.

En cada historiador encontraremos una

"pre-estructura", diferente, porque la existencia de cada uno está constituida de una manera diferente. No hay dos personas, en este mundo, que sean en todo iguales.

En esta oportunidad, cabe destacar un punto que tiene interés especial para la teoría de la Historia: la historicidad del propio historiador. El historiador es un ser histórico, como los demás hombres. Es hijo de una época. En su modo de pensar y de enfocar los problemas, siempre se reflejan las corrientes espirituales de su tiempo y de su ambiente. El historiador no puede colocarse completamente al margen de la realidad en que está situada su existencia. Puede ver muchos errores, esto sí; puede desprenderse de los prejuicios del hombre vulgar; pero su horizonte quedará siempre limitado por la herencia cultural de la época.

"La vista histórica es una vista de la perspectiva" (von Srbik). Cambiando los tiempos, tiene que cambiar también la perspectiva. Cada época crea su propia perspectiva hacia el pasado, de acuerdo con las normas que están en boga. Cada época enfoca sus reflectores desde un ángulo distinto, porque busca algo distinto, siente distintas inquietudes.

Por esta razón, cada época tiene que escribir la Historia de nuevo. Es decir, tiene que escribir su propia Historia. Por muy brillantes que sean algunos historiadores del siglo pasado, como Leopold von Ranke, Theodor Mommsen, Jacob Burckhardt, Jules Michelet, etc., hoy día ellos ya no nos satisfacen. No sólo porque hayan sido enteramente superados por los grandes avances de la investigación histórica en los últimos decenios. En algunos casos, no contamos con ningún material nuevo; no podemos ofrecer cosas que ellos no hayan conocido. Lo que tiene aquí mucha mayor importancia es el cambio que se ha producido en nuestra visión del mundo y del hombre. Nuestras preocupaciones ya no son las mismas que han tenido los hombres del siglo XIX. Nuestras miradas buscan otros horizontes.

En la historiografía, hay que tener siempre presente esta verdad: los hechos históricos en sí no cambian, pero cambia, en el

transcurso del tiempo, su comprensión e interpretación.

Se puede hablar incluso de la historicidad de las ciencias de la naturaleza. No es necesario recurrir a los científicos de la Antigüedad clásica o de la Edad Media, para ver la enorme diferencia que los separa de nosotros. Basta con estudiar a Newton, el padre de la física moderna y compararlo con Einstein o Max Planck. Si algún físico quisiera aplicar hoy día los mismos conceptos que ha pregonado Newton, se expondría a la ridiculez. El mundo físico de Newton ha sido superado. Lo será también, con el tiempo, el mundo de Einstein.

Sin embargo, las ciencias de la naturaleza tienen una ventaja insuperable frente a la Historia. Ellas descansan sobre una sólida base matemática y pueden expresar sus resultados mediante fórmulas que poseen validez universal. No pasa lo mismo con la Historia. Su objeto se escapa a todo intento de encajarlo en fórmulas o esquemas. Aquí se trata de una realidad espiritual, en la que siempre interviene un elemento incalculable: la libertad humana.

Vemos, pues, que el problema de la objetividad es uno de los más intrincados de la teoría de la Historia. Nuestro propósito consistía sólo en plantearlo, pero no en resolverlo. Porque cada uno debe resolverlo por su cuenta, individualmente. Y esto ya es un "secreto" de la personalidad y del talento. Podríamos volver solamente sobre los presupuestos generales del trabajo científico, que hemos mencionado al comienzo de nuestro artículo.

Es indudable que el incesante perfeccionamiento de los métodos de investigación puede ensanchar nuestro campo visual, agudizar nuestra perceptibilidad y reducir hasta ciertos límites nuestra ignorancia que tantas interpretaciones torcidas ha causado en la historiografía. Por otra parte, con el mismo énfasis deberíamos destacar el valor de la postura moral del historiador. Ser justo con los hombres del pasado es, muchas veces, una tarea tan difícil como la que se nos plantea, al enfrentarnos con los hombres del presente, por-

que el amor y el odio nos acechan a cada paso.

Con todo, ¿existe en el fondo alguna certeza de alcanzar el conocimiento científico en un terreno tan movedizo como éste? Aquí podríamos partir de la misma premisa mayor de que partía Vico en su "Ciencia Nueva":

"En la semejante noche de tinieblas —decía el filósofo napolitano—, por la que está cubierta la antigüedad más lejana de nosotros, aparece la luz eterna que no se oculta jamás, de esta verdad que por ningún motivo puede ser puesta en duda: *que este mundo civil ha sido hecho ciertamente por los hombres*, por lo cual se pueden, porque se deben encontrar sus principios *dentro de las modificaciones de nuestra misma mente humana*. Por lo cual, a cualquiera que en ello reflexione, debe causar asombro que todos los filósofos seriamente se hayan esforzado por conseguir la ciencia de este mundo natural, del cual por haberlo hecho Dios, sólo El posee la ciencia; y descuidaron meditar sobre este

mundo de las naciones, o sea, el mundo civil, del cual, por haberlo hecho los hombres, podían los mismos hombres alcanzar la ciencia".

No estamos obligados a compartir el entusiasmo de Vico ni aceptar todas sus categorías filosóficas; pero es indudable que en su razonamiento hay un grano de verdad. El hombre puede comprender, con mayor o menor exactitud, lo que ha sido hecho por los hombres. Y hay que agregar, además, que los hombres, por muy distantes que sean en el tiempo, tienen siempre algo común con nosotros. Si no fuese exacto hablar de una naturaleza idéntica en todos los seres humanos, se puede hablar, en cierto modo, de una estructura idéntica. Porque a través de las plasmaciones individuales y únicas, en las situaciones históricas concretas, se percibe continuamente el mismo perfil del hombre, el mismo armazón, sobre el cual podemos basar la evidencia de nuestro conocimiento histórico.